

## El Fobaproa ambiental

Greenpeace México

El legado de las malas decisiones tomadas en el pasado y el presente en materia ambiental serán las deudas para varias generaciones. Se trata de una onerosa carga cuyo peso sostendremos durante décadas debido a las apreciaciones erróneas de los gobernantes.

La similitud que guardan la contaminación y el Fondo Bancario de Protección del Ahorro, mejor conocido como Fobaproa, rebasa su carácter polémico, y permite un análisis más profundo que a primera vista pasaría desapercibido, esto sin olvidar que no son, en sus respectivos ámbitos, los únicos ejemplos de la externalización de costos.

Sin importar la óptica personal con que se decida evaluar el Fobaproa y la incineración de residuos, es claro que ambos existen en nuestro país para dar una falsa solución a situaciones que se habían vuelto insostenibles y que era necesario atender a la brevedad posible. Tan real era la inminente quiebra de la banca mexicana como la crisis de los residuos peligrosos, fueran estos industriales, hospitalarios o incluso domésticos.

Existen pasivos económicos y ambientales; los primeros son producto de interacciones del mercado y la administración del capital, en tanto que los segundos (también llamados externalidades) se caracterizan por ser el costo no asumido por los generadores de residuos. Al igual que nos ha sucedido en el ámbito económico, los pasivos ambientales son colectivizados continuamente en detrimento de nuestra salud y bienestar: prácticas sucias industriales y domésticas, vienen haciéndolo desde hace siglos sin pagar siquiera un interés pasajero.

En su momento, el muy controvertido Fobaproa causó indignación por plantear que el pago de una deuda de particulares fuera transferida a la población. La incineración, polémica también como técnica para deshacerse de los residuos, es una de las más notorias tecnologías Fobaproa, capaces de transformar un material nocivo, inicialmente con nombre y propietario, en contaminación atmosférica dispersa y anónima. Tan anónima, que una vez liberada y dispersa es imposible responsabilizar de ella a su generador. Tan grande es su movilidad en el planeta y tan irrastreable su destino que, al igual que el capital internacional, puede desplazarse sin restricción alguna a cualquier parte del globo siguiendo siempre la ruta que oponga la menor resistencia.

De hecho, mientras las emisiones de incineradores mexicanos afectan a poblaciones a miles de kilómetros de distancia, igualmente recibimos las emisiones generadas en otros países. Esta situación se agrava por el hecho de que, contrariamente a lo que se cree, muchos de los productos generados durante la incineración, lejos de ser inertes son más tóxicos que sus predecesores originales.

Al igual que las deudas públicas son transferidas de generación en generación, a la forma en la que las tiendas de raya solían operar, algunos de los contaminantes liberados pueden acumularse en nuestros cuerpos y transferirse al feto a través del cordón umbilical, o al recién nacido por la leche materna. De hecho, en este momento ya todos los seres humanos tenemos en nuestro tejido graso concentraciones mensurables de dichos contaminantes, mismos que seguimos introduciendo irremediablemente a nuestros cuerpos. Son miles los tipos de contaminantes liberados por una planta de incineración, y así como ha fallado el blindaje económico en el pasado para evitar las crisis, los equipos para controlar las emisiones de los incineradores no pueden evitar que éstas se liberen y mucho menos evitar que se formen.

Por otra parte, también los gravámenes de ambos son cuantificables. Si la deuda pública se traduce en mayores impuestos, y el iva es el más eficaz recaudador, la deuda en salud se traduce en dosis diarias de contaminantes, ubicando en los alimentos que consumimos su mayor recaudador. Si de algo sirve saberlo, este último gravamen está estratificado y recae con mayor intensidad en los alimentos de origen animal (carne, leche, huevo, entre otros), frecuentemente ausentes en la dieta de los más pobres. Incluso existen estudios que han encontrado una relación directa entre una mayor presencia de estos contaminantes en la leche materna\* y un estrato social más elevado de las mujeres analizadas.

Desarrollada industrialmente durante el siglo pasado, la incineración tuvo su mayor auge en la segunda

mitad del siglo xx, cuando muchos países, en especial Estados Unidos, se vieron enfrentados a cantidades cada vez mayores de basura que no sabían cómo controlar. La incineración surgió como un arreglo rápido que no requería diseñar procesos para la recuperación de materiales ni educar a una población de antemano inmersa en el consumismo voraz.

Pasaron muchos años para lograr documentar con solidez los impactos de las emisiones de incineradores en la salud. En ese sentido, efectos como una mayor incidencia de enfermedades del corazón y depresión del sistema inmunológico, ocasionados por dichas emisiones, son similares a los ocasionados por tensiones cotidianas (estrés). Sin caer en la sátira, incluso se puede establecer un paralelismo entre las disfunciones en el comportamiento sexual causadas por el estrés y la reducción en la fertilidad que presentan algunos hombres expuestos a estos contaminantes. En particular, se ha demostrado que compuestos químicos denominados disruptores endócrinos reducen la calidad y cantidad de los espermatozoides en humanos. Asimismo, los mayores impactos en la salud han sido generados por las instalaciones más antiguas y obsoletas de incineradores, así como por las viejas políticas proteccionistas y la visión parcial de los problemas y sus soluciones.

Sin necesidad de "claves" ni "candados"

2,3,7,8-TCDD; 1,2,4-triclorobenceno y 2,4,6-tricloro-1-metil-fenol no son las claves del Fobaproa que tan celosamente guardaron los partidos políticos, sino tres de los muchos compuestos tóxicos emitidos durante la incineración. En realidad, una medida equivalente al sistema de seguridad que instaló Michael Mackey en su cd hubiera sido, en el caso de la incineración, un gran avance en transparencia y acceso a la información, pues significaría que los responsables se conocen aunque se intente mantener su identidad oculta. Desgraciadamente, en el caso de la incineración los responsables no necesitan ocultar su identidad, pues hasta ahora no es posible, tecnológicamente hablando, ubicar de manera exacta la procedencia inequívoca de determinado compuesto producto de la incineración. Es decir, los incineradores saben que su responsabilidad se diluye, lo cual elimina toda posibilidad de vincularlos con los padecimientos de la población, misma que, en el estado actual de cosas, sería la obligada a demostrar la relación existente entre emisión, exposición y padecimientos.

Hasta ahora hay incapacidad técnica y económica para cuantificar los compuestos que la incineración libera (en las pruebas más exhaustivas de laboratorio, se han identificado menos de 70% de los compuestos liberados y el costo de los equipos para monitoreo continuo para algunos contaminantes oscila entre 250 y 350 mil dólares).

Causa y efecto son términos difíciles de conciliar en el tema de la incineración de residuos y los estudios al respecto presentan aún contradicciones importantes. Lo que puede afirmarse con seguridad es que la incineración se encuentra muy lejos de ser una tecnología limpia y que lejos de ser la más económica crea nuevos pasivos que distribuye a la colectividad. A pesar de publicitarse como "reciclaje energético", sigue y seguirá siendo una fuente de tóxicos que, a diferencia del Fobaproa, seguirá afectándonos aunque cambiemos de país, nacionalidad o estrato social.

No obstante, el gobierno mexicano a través de la Semarnat sigue fomentando esta tecnología sucia, ya que se pretende expedir una norma oficial mexicana sobre incineración (proy-nom-098-ecol-2000) que lejos de tener una tendencia de erradicación de esta práctica, incita a la instalación de nuevas plantas incineradoras

\* Relación demostrada por la doctora Blanca Ordóñez en el documento "Specific working paper on pesticides".

Si desea más información o apoyar a Greenpeace, visite la página de internet [www.greenpeace.org.mx](http://www.greenpeace.org.mx) o llame a los teléfonos 5696-9659 y 5590-9474.